

Padre Miguel Pro

Beato Miguel Pro, S.J.
Miguel Agustín Pro Juárez
1891 - 1927
México
Murió a los 36 años

La vida del sacerdote mexicano Miguel Pro tiene más aventuras, emoción y peligro que muchas de las modernas historias de espionaje. Su vida llena de peligros comenzó cuando, siendo todavía un niño pequeño, logró escapar de la atenta mirada de su niñera y se fue gateando sobre el borde de una ventana a tres pisos de altura en una transitada calle. Ahí lo encontró su madre horrorizada y lo rescató. El último episodio peligroso de su vida lo llevó a la muerte, cuando fue fusilado a la edad de 36 años.

Nació el 13 de enero de 1891 en Guadalupe. Miguel, su padre, era el ingeniero supervisor en la mina Concepción del Oro. Josefa, su madre, fue siempre una buena y acogedora influencia para Miguel, que observaba la caridad que ella practicaba con los obreros de la mina.

Desde su niñez, la risa y la alegría fueron rasgos resaltantes en la personalidad de Miguel. Le gustaban mucho las bromas, de las que sus hermanas eran las principales víctimas. Una vez, mientras daba un paseo con Concepción, su hermana preferida, se adelantó y tocó a la puerta de una casa mientras pasaban por ahí. Cuando salió el dueño, Miguel le explicó que su hermana —y la señalaba mientras hablaba— había visto una hermosa estatua de la Virgen en su ventana y que deseaba comprarla. Después Concepción les contó a sus padres que era una imagen ostentosa y de mal gusto, la más fea que había visto en su vida. Afortunadamente era un tesoro familiar y el señor se rehusó a desprenderse de ella.

En otra ocasión Miguel fue a una misión en un pueblo cercano con algunos jesuitas visitantes, amigos de la familia. A escondidas, se vistió con la sotana de uno de los misioneros y organizó su propia expedición de prédica por los ranchos vecinos. Los sencillos campesinos creyeron que era un verdadero sacerdote y acogieron al joven y simpático misionero con huevos y quesos frescos. Los verdaderos sacerdotes lo alcanzaron pronto, pero como aparentemente había hecho una buena prédica, no lo pusieron en evidencia. En lugar de esto, lo llevaron de regreso al cuarto y le quitaron las contribuciones que había ganado con tanto esfuerzo.

Miguel tuvo también sus momentos embarazosos. En una ocasión, mientras estaba en el techo de su casa tratando de atrapar al canario de su hermana que se había escapado, se reclinó para pedir ayuda y una lluvia de cigarrillos cayó de sus bolsillos y fue a dar en la sorprendida cara de su padre. La excusa que trató de fabricar mientras bajaba del techo fue muy poco convincente.

En otra ocasión se confundió y le envió a su madre una carta destinada a su enamorada que no era católica; y la carta que estaba dirigida a su madre se la mandó a la señorita en cuestión. Providencialmente esta confusión llevó a que se terminara la relación con la jovencita.

La vida familiar de los Pro era muy cálida y cercana. Se reunían frecuentemente en las noches para entretenerse con algo de música, y Miguel se sumaba a las celebraciones tocando la mandolina o la guitarra. A pesar de que su familia era católica y muy devota, hubo una época en la que Miguel se alejó de los sacramentos y perdió entusiasmo por la vivencia de la fe. Finalmente, después de que dos de sus hermanas se hicieron monjas, comenzó a pensar en su vocación. Poco a poco percibió con más claridad el llamado al sacerdocio.

A los veinte años decidió pedir su admisión en los jesuitas. Su reputación de bromista lo precedía, y los superiores deseaban saber si el muchacho sería capaz de soportar una broma de la misma manera como sabía hacerlas.

En la primera cita que tuvo con el rector encontró a éste leyendo el periódico. Miguel estuvo de pie frente a él por media hora hasta que éste bajó el periódico y le dijo que estaba muy ocupado ese día y que volviera al siguiente. Al día siguiente, el rector estaba ocupado escribiendo. Otra vez

se quedó parado un largo rato antes de que el rector advirtiera su presencia. En la entrevista final, había un grupo de jóvenes jesuitas en el patio quejándose en voz alta de todas las cosas que estaban mal en la Compañía de Jesús. Ahí cayó en la cuenta de que estaba siendo probado. Finalmente pasó la prueba. Entró al noviciado jesuita el 10 de agosto de 1911.

En 1910 estalló la revolución en México. Por el año 1914 los ataques debido al fuerte anticlericalismo de la revolución eran ya demasiado frecuentes, así que el rector del seminario se preparó para lo peor. Empacó, escondió y enterró las mejores posesiones del noviciado y compró ropa de calle para los miembros de la comunidad. El 15 de agosto comenzaron a marcharse en pequeños grupos. Miguel se disfrazó como campesino, y como atendía tan bien a sus compañeros, nadie dudó que fuera un sirviente. A pie y en tren lograron llegar a Laredo, en Texas. Luego el joven seminarista viajó a California y pasó por Nicaragua y España, para llegar finalmente a Bélgica. En cada lugar en que se detuvo trabajó como profesor y como asistente, mientras continuaba con sus estudios. En Bélgica se preparó para trabajar pastoralmente como sacerdote con los obreros. Miguel había trabajado con su padre en la mina y estaba muy interesado en los asuntos de los trabajadores.

El sentido del humor de Miguel no cambió con su formación religiosa, pero aprendió a aceptar con humildad las reprimendas. Comenzó a controlar su impetuosidad y su amor a la oración lo hizo destacar en la comunidad jesuita.

Miguel sufría de un severo problema estomacal que pudo ocultar durante algún tiempo haciendo una broma cada vez que le venía el dolor. La broma le daba la excusa perfecta para agarrarse el estómago. Finalmente se advirtió su enfermedad y fue sometido a varias operaciones para corregir el problema.

Fue ordenado sacerdote en Bélgica el 31 de agosto de 1925. Lo único que le causó tristeza en ese día fue que ninguno de sus familiares pudo estar presente.

Como la salud del padre Pro no mejoraba, sus superiores decidieron mandarlo de regreso con su familia a México. Es muy probable que no se hubieran dado cuenta de lo severa que se había vuelto la persecución en ese país. Por su parte, el padre Miguel pensaba que su misión era permanecer el resto de su vida llevándoles a Cristo a sus paisanos, sin importarle cuánto le costara ni preocuparse por el peligro que iba a correr. Regresó en 1926 y se fue a Ciudad de México. A los veintitrés días de su llegada se expidió una orden que suprimía todo culto público. Por lo tanto, cualquier sacerdote que hubiera podía ser arrestado y enjuiciado.

Como no era conocido como sacerdote, el padre Miguel se mantuvo ocupado realizando en secreto su trabajo ministerial con los católicos de diferentes parroquias. Le escribió a un amigo: «Tengo lo que he llamado “estaciones eucarísticas”, donde voy cada día a repartir la Comunión engañando a la policía».

Dos de los hermanos del padre Miguel Pro eran colaboradores activos de la Liga de Defensa Religiosa. En una ocasión el padre Miguel, sus hermanos y unos amigos fueron apresados en la calle y enviados a la cárcel. El carcelero sugirió bromeando que el grupo debería celebrar Misa, ya que uno de ellos era presbítero. El padre Miguel le escribió a un amigo contándole el incidente: «Todos nos miramos unos a otros de los pies a la cabeza preguntándonos quien sería el desafortunado padre entre nosotros. El carcelero dijo: “Es un Miguel Agustín”». El padre Pro continúa su narración: «¡Un momento! —grité fuertemente—. ¡Este Miguel Agustín soy yo, pero voy a celebrar Misa tanto como que voy a dormir en un colchón esta noche! (los prisioneros dormían en el suelo). Y ese “Presbítero” antes del nombre ¡es mi apellido!, “Pro”, que alguien ha confundido con “Pbro.” (la abreviación de presbítero)».

Estuvo cerca de ser atrapado, pero no más que en muchos otros escapes que el padre Miguel protagonizó. Como en este incidente en la cárcel, algunas veces utilizaba su ingenio para poder librarse de situaciones difíciles. Sin embargo, era la firme fe de los católicos mexicanos la que mantenía su secreto. Finalmente se decretó una orden de arresto en su contra y tuvo que esconderse con mucho mayor cuidado.

Con el propósito de continuar con su ministerio en secreto, el padre Miguel utilizó diversos disfraces. Se vestía como mecánico para poder darle una charla a un grupo de choferes, o se ponía

ropa de seglar para caminar tranquilamente frente a la policía y enviar un mensaje sobre la hora de la Misa a alguien que podía estar a menos de una cuadra de distancia del oficial. Durante un difícil escape, estaba a menos de cincuenta metros de sus perseguidores. Viendo a una chica que pasaba por ahí, la cogió del brazo y le dijo al oído: «Ayúdame, soy un sacerdote». La muchacha respondió de manera rápida y el grupo de la policía que lo buscaba pasó frente a los “enamorados” sin mirarlos.

A fin de poder llevar a Cristo a sus compatriotas, el padre Miguel recorría ida y vuelta la capital en una bicicleta para dar la comunión, bautizar, celebrar matrimonios, escuchar confesiones y administrar los últimos sacramentos. Además de estas tareas espirituales, corrió muchos otros riesgos con el propósito de ayudar a los pobres de la ciudad, recolectando y distribuyendo comida y otros enseres.

El 13 de noviembre de 1927 lanzaron una bomba desde un viejo automóvil al carro del recientemente electo presidente Obregón. Dicho automóvil había pertenecido en algún momento a Humberto, el hermano de Miguel. A pesar de que todos los hermanos Pro tenían sólidas pruebas que los exculpaban, se convirtieron en perseguidos por el régimen. Forzados a esconderse, fueron sin embargo traicionados en un lapso de cuatro días por un niño, quien en contra de su voluntad los entregó porque temía por la vida de su madre.

La orden para la ejecución de los tres hermanos Pro fue finalmente dada. Serían fusilados junto con otros dos prisioneros. El día de la ejecución, el padre Miguel, vestido con una chompa, fue el primero en ser conducido fuera de la prisión. No hubo proceso ni juicio. Respecto al atentado en contra de la vida de Obregón, Miguel tenía una sólida prueba de su inocencia, pero él era, a los ojos del presidente Calles, culpable de un crimen peor: ser sacerdote católico.

A los prisioneros no se les dijo nada sobre su sentencia de muerte. Sin embargo, parecía que la habían presentido. Unos días antes de ser arrestado, mientras oficiaba una Misa en un convento, Miguel le dijo a la madre superiora: «Hace algún tiempo ofrecí mi vida por la salvación de México, y esta mañana en Misa, hermana, sentí que Él la había aceptado». Durante los días que pasó en prisión, el padre Pro preparó a sus hermanos y a los otros prisioneros y aconsejó a su carcelero.

Un policía que había ayudado en la persecución del padre Pro era el encargado de llevarlo al lugar del fusilamiento. Mientras lo conducía a su ejecución, el hombre volteó y, con lágrimas en los ojos, le rogó al padre Pro que lo perdonase por conducirlo a la muerte. Miguel puso sus brazos sobre los hombros del hombre tembloroso y le dijo: «No sólo tienes mi perdón, sino que te doy las gracias». También se dirigió con suavidad a los miembros del escuadrón de fusilamiento: «Que Dios los perdone a todos».

Respondiendo a la pregunta por su último deseo, Miguel pidió permiso para rezar. Se arrodilló frente a las paredes llenas de agujeros de balas y rezó fervorosamente por dos minutos. Después se paró con los brazos extendidos en forma de cruz y rechazó la venda para cubrir sus ojos. Con voz firme y clara dijo: «¡Viva Cristo Rey!».

Un abogado y la hermana de Miguel, Ana, llegaron con un recurso de amparo, pero los disparos del otro lado de la reja cerrada anunciaron que habían llegado demasiado tarde. Si bien habían estado ahí varios minutos y varias personas los habían escuchado, los guardias se negaban a abrir las puertas. Una llamada telefónica del embajador de Argentina salvó la vida de Roberto, el hermano menor de Miguel, quien fue exiliado más tarde a los Estados Unidos.

Al contrario de las expectativas de Calles, el padre Pro asumió su martirio calmada y heroicamente. El escuadrón de fusilamiento no llegó a matar al valeroso sacerdote. Si bien estaba mortalmente herido, todavía respiraba. El general Cruz caminó hacia él, puso el revólver en su cabeza y disparó.

El fanático general Calles quería que las ejecuciones fueran una ocasión para celebrar la cobardía de los católicos mexicanos, por lo que invitó a la prensa, a fotógrafos y a muchas otras personas. Por ello existe un buen registro gráfico del martirio. Pero las muertes fueron tan heroicas que las fotos produjeron el efecto contrario; poseer una de esas fotografías era considerado al poco tiempo como un crimen.

Esa noche los cuerpos de Miguel y Humberto estuvieron en la casa de su padre. Una de sus hermanas, sobrecogida por la emoción, lloraba amargamente. Su padre le preguntó: «¿Es así como te comportas ante la presencia de un santo?». Durante toda la noche pasó gente frente a los féretros para rendirles homenaje. Al día siguiente, más de quinientos automóviles estuvieron en el cortejo fúnebre, y miles de personas se unieron a la multitud para tirar flores sobre el ataúd. Calles había prohibido cualquier demostración pública, pero la gente actuó desafiando abiertamente al gobierno, sabiendo que no había suficientes cárceles en México para detener a todos aquellos que querían rendir homenaje al santo sacerdote y a su hermano mártir.

Antes de su muerte, el padre Pro le dijo a un amigo: «Si alguna vez me atrapan, estáte preparado para pedirme cosas cuando esté en el cielo». Bromeando, también prometió alegrar a cualquier santo con cara larga que encontrara en el cielo bailando la danza mexicana del sombrero. No sólo este amigo sino muchos en México creían que el padre Pro respondería sus oraciones. Una vieja mujer ciega de la multitud que se acercó a tocar el cuerpo en el funeral, recuperó la visión. En la semana que siguió a su muerte, otros tres testificaron que habían recibido ayuda de él. Al comienzo de la década de 1930, la causa de canonización del padre Pro fue introducida en Roma y fue beatificado por el Santo Padre Juan Pablo II el 25 de setiembre de 1988.